

LUNA NUEVA

Los mensajeros de los amos del mundo,
mercaderes y banqueros,
dejan la redacción.

Han cumplido su cometido: distribuir el suficiente estrés.
La carga de tensión necesaria
para que esos transformadores que
somos, en cada caso, nosotros mismos,
aceleremos la producción de ser.

Lo de menos es si Williams está cuerdo
o no. Si no lo estuviera dirían que sí
porque el auténtico mensaje es el código mismo.
Su organización afilada, tirante,
destinada a provocar las descargas nerviosas
que precisa el mantenimiento del delirio general.

Sin esas estaciones intermedias
que condensan, amplifican y reparten
los estímulos iniciales
no habría carga por inducción
sino sólo por contacto.
Y como los generadores del zoco
están demasiado lejos de la fábrica que, en cada caso,
somos nosotros mismos y nuestros otros,
no se propagaría la suficiente tensión
para recargar las pilas exhaustas
de los esclavos en esta economía de guerra total:
las pilas consumidas de los ilusionados y alucinados.

Por ello son tan necesarios

esos mediadores que abandonan
la oficina tras lanzar a la papelera
los borradores y que nunca se cansan de repetir
“¡no matéis al mensajero!”.

RÍO GRANDE

El fuerte todavía es frágil.

Su perímetro no lo sostiene
más que un simple vallado
que aquellos que habitan la tierra
en la que has sido lanzado
y buscas establecerte,
pueden todavía dejar atrás aunque
sin tanta facilidad como antes: hay que apartar el pie
antes de poder abrir la puerta.

La burbuja, sin soldarse, sigue agrietada
aunque las fisuras se hayan reducido:
las láminas no se ensamblan a la perfección (nunca lo harán).

El otro aún puede tomar del sujeto.
Asaltarlo, cortarle la cabellera,
dejarle su marca y continuar fuera de su alcance.

El derecho instituido, la ley,
el Río Grande,
es infranqueable.

No puede perseguirse a aquel que nos invade
sin descanso mientras haya que detenerse al llegar a la orilla.

Tan sólo el quebrantamiento de la legalidad por necesidad,
la recuperación de lo esparcido,
permitirá erigir un nuevo derecho
que proporcione a la joven esfera
la ilusión del cierre y legitime
la persecución en todas sus variantes
si se cruza indebidamente la frontera:
desde el ataque preventivo a la invasión.

Al franquear el Río Grande
se impuso mi voluntad.
Situé a mis jinetes en la habitación paterna,
a guisa de rastreadores;
en la cocina, ocultándose entre las botellas
a fin de preparar la emboscada;
conquistando la vetusta mesa del comedor
como puesto avanzado de observación.

La orilla de acá dejó, poco a poco,
de vadearse irresponsablemente:
se necesitaba la autorización,
el salvoconducto.

El niño tirano había asegurado su instalación
y los padres comenzaron el largo camino hacia la reserva.

El pie, la cuña, ya no necesitó de otros fuertes
que no fueran como el Apache: sin muros.

Fueron los días de *Fort Apache*.
Después de *She wore a Yellow Ribbon*.
Mucho antes de *Río Grande*.

El pie, la cuña.
El paso de *Río Grande* los días previos
a *She wore a Yellow Ribbon*,
cuando *Fort Apache* era sólo un proyecto.

EL TERCER HOMBRE

Todos somos agentes al servicio de una potencia extranjera,
traidores en trance de ser descubiertos y perseguidos por las alcantarillas de Viena,
durmientes enviados a territorio enemigo con el objetivo
de recabar la máxima información posible.

Espías de lo inerte que recogen datos
a la espera de volver al otro lado del telón de acero.
Agentes de Dios coleccionando retazos para
entregarlos al ser que aún no sabe que es.
Confidentes de la naturaleza que transmiten
-en código cifrado-
informes que ésta analiza sin descanso,
nerviosamente, buscando su autoconservación.
Observadores leales a la inconsciencia originaria
recabando representaciones para el mapa del deseo interminable.

En la danza de estos servicios secretos
a los cuales pertenecemos
no somos leales, tampoco, a la potencia
que nos reclutó.

Siempre nos convertimos en agentes dobles.

Informadores de la vida que escudriñan
las debilidades de lo inorgánico en los *checkpoints*.
Saboteadores financiados por la nada
conspirando para evitar que el ser llegue a ser.
Delatores que revelan al decrepito frío cósmico
las escondidas estrategias de las que se sirve la joven vida.
Infiltrados de la conciencia urdiendo
planes para ofrecer indemnizaciones compensatorias

a través de procesos secundarios.

Es entonces cuando, como sabía *Mischa* Wolf,
“algunos traidores conservan, o al menos se lo imaginan,
la ilusión de que sirven a dos amos”.

Mitigarían la dureza de la perfidia
si recordaran que todos somos traidores
y que en esta traición reside la única libertad posible.